

Bibliografía

GABRIEL CAMPS: *Les civilisations préhistoriques de l'Afrique du Nord et du Sahara*. Centre National de la Recherche Scientifique. Doin éditeurs. Paris 1974, 374 págs., 30 láms., 100 figs. y 39 mapas.

No se trata en este libro, como fácilmente podría suponerse, de una simple puesta al día del panorama prehistórico del Africa del Norte y del Sahara. El A. va más allá y, aunque siguiendo orientaciones de la obra anterior del Prof. Balout, nos da una versión precisa y crítica de los distintos problemas de la prehistoria nordafricana, apoyada en una amplia información que en gran parte es fruto de su propio trabajo personal.

Se inicia el libro con un compendiado capítulo en el que desfilan demasiado brevemente las distintas etapas del Paleolítico. Las bolas poliédricas de Ain Hanech y los cantos preparados del Marruecos atlántico, en cuya última fase se multiplican los esferoides y aparecen los triédricos y las bifaces abbevillenses. Los tiempos achelenses con la ordenación de los hendidores (Tixier) y las bifaces referidas a una tipometría (Balout) convencional, ya que «la mayor parte de bifaces y triédricos del Achelense antiguo escapan a las diferentes tentativas de clasificación». El *Athanthropus mauritanicus* que con una industria con un 50 % de cantos preparados, parece estar más cerca del Sinántropo que del Pitecántropo. Para el desarrollo del Achelense se siguen las ocho etapas establecidas por Biberon.

Con una extensión parecida se abordan los problemas del Musteriense, que tanto en Marruecos como en el Sahara parecen enraizarse dentro de la facies levalloisomusteriense. De El Guettar se recoge el amontonamiento de bolas de forma cónica, que se relaciona con un monumento dedicado a la fuente, cerca de la cual se encuentra el yacimiento, que podría ser «la huella más antigua de un sen-

timiento religioso paleolítico», sin relación con lo funerario.

El Ateriense, que parece tener su origen en un «complejo levalloisense» todavía hipotético, contiene en sus primeras fases pocas puntas pedunculadas, que aumentan en la fase media y típica, terminando con el Ateriense superior que extiende el retoque bifacial a toda la pieza, adquiriendo en Tánger una gran finura y elegancia. Su datación queda bien comprendida entre los 37.950/36.000 a. J.C. de Bu Hadid y los 25.000 a. J.C. de Dar-el-Soltan, fecha esta última que viene a corroborar lo sostenido por Jordá (1955) y por Smith (1966) contra el posible origen africano del Solutrense, aunque la opinión de este último se basaba en un supuesto equivocado, ya que sostenía que no existían en la Península Solutrense inferior, lo que fue rebatido por mí (*Zephyrus* XVII, 1966, p. 146) y ahora parece confirmarse con las nuevas fechas C-14 de Les Mallaetes y del Parpalló para los niveles del Solutrense inicial ibérico (vid. Jordá y Fortea, *La cueva Les Mallaetes y los problemas del Paleolítico superior del Mediterráneo español*, en este mismo *Zephyrus*), que señalan una antigüedad mayor o igual a la del Solutrense inferior de la Dordoña. En cuanto el Ateriense sahariano parece dotado de una mayor supervivencia, de acuerdo con los puntos de vista de H.-J. Hugot, quien supone un último estadio preneolítico. Después de unos interesantes comentarios acerca del Dabbaense de Cirenaica, sobre el «horizonte Collignon» de Gafsa y sobre las industrias postaterienses y preneolíticas del Sahara, se termina este capítulo con un acertado resumen acerca de la fauna y de la flora —con listas de especies—, que señalan un clima, a pesar de las xerófilas, algo más húmedo y frío que el actual, que se va transformando en cada vez más seco, estando presentes en todos los niveles una fauna típicamente africana (antílopes, cebras, camellos).

Dentro del Epipaleolítico se dedica un importante es-

pacio al Iberomaurisense, en el que se tratan temas que abarcan desde los antecedentes históricos de su investigación hasta el hombre de Mechta el Arbi y sus costumbres. El Iberomaurisense, industria mal denominada, tiene un área de expansión costera y «telliense», aunque falta en el norte de Marruecos. En su composición industrial predominan las hojitas de borde rebajado, malos y escasos buriles, pocos raspadores cortos sobre lasca, microburiles y escasos geométricos, junto con piezas esquirladas, además de una industria ósea en la que predominan los instrumentos perforantes y el «tranchet» o escoplo. Las fechas de su desarrollo oscilan entre el 13.750 de Taforalt y el 8.240 de El Guettara, coincide por tanto en sus comienzos con el Magdalenense medio y en sus finales con los complejos laminares y geométricos del Mediterráneo europeo occidental. Tres fases: (I) con base en Taforalt; (II) una segunda «clásica»; (III) y una fase evolucionada, en las que los raspadores, muescas, truncaduras y microburiles van de más (I) a menos (II) y a más (III), en tanto que las hojitas de borde rebajado van de menos (I) a más (II) y a menos (III), en tanto que buriles, lascas, hojas de borde rebajado y geométricos tienden de menos (I) a más (II). No parece que el autor de esta industria y cultura fuese el hombre de Mechta el Arbi, del que hay que descartar su posible origen en el Cro Magnon europeo; tampoco parece muy probable que provengan de los tipos del Próximo Oriente (Skhul, Monte Qafzeh) o de grupos neandertalenses africanos. En cuanto a orígenes culturales parece que el Iberomaurisense se encuentra más cercano al Epigravetense africano del Norte de Egipto, ya por medio de una influencia skiftense, ya silsilense. Son interesantes las aportaciones sobre alimentación, sedentarización y en especial sobre las costumbres funerarias, inhumación con añadidos rituales (montones de piedras, cuernos, descuartizamiento del cadáver, etc.), que junto con las mutilaciones dentales y los escasos adornos personales, revelan un género de vida transicional.

Acerca del Capsense, al que se dedica un extenso capítulo, el A. pone de manifiesto, de acuerdo con las fechas C-14, que los dos complejos culturales, Capsense típico y superior, son contemporáneos, así como son semejantes sus géneros de vida. El término «escargotière» no tiene una traducción simple en español, ya que sólo puede traducirse por «criadero de caracoles» lo que no creo que sean propiamente los yacimientos capsenses. Durante el Capsense típico dominan los buriles sobre truncadura, seguidos por las hojitas de borde rebajado, cuchillos, puntas de borde rebajado, raspadores, a los que hay que añadir los microlitos geométricos, que parecen encontrarse en relación inversa al número de buriles. Ocupa un territorio restringido y se observan algunas variantes tipológicas, que más que *facies* industriales han de tenerse como producto de una «evolución industrial que no obedece a leyes intangibles», cosa explicable por su escasa duración. El llamado Capsense superior ocupa una extensión más amplia y con-

tiene una mayor problemática debido a una cierta diversificación de los componentes industriales y en su misma extensión extraterritorial (oeste africano y Sahara). Se reconocen cinco complejos o *facies*: Tebessense, Central, Setifense, Meridional y Tiratense, en cuyo análisis no podemos entrar, siendo de destacar que entre los distintos yacimientos las composiciones industriales presentan variaciones, ya que mientras en unos parece perdurar el mayor número de buriles respecto de los geométricos, en otros dominan éstos o las hojitas de borde rebajado. Cronológicamente se ordena en una fase antigua dentro del VII milenio, seguida de una media que cubre el VI, mientras que la tercera o superior se sitúa dentro del V milenio, con una duración entre el 7.000 y el 4.500 a. J.C. El tipo humano creador de esta cultura no parece que fueron descendientes de Mechta el Arbi, ni tampoco están relacionados con los de Ain Meterchen; los tipos protomediterráneos de Ain Dokkara y el de Kanguet el Muhaad, junto con los esqueletos de Medjez, con algunos tipos mechtoides podrían ser los hacedores de esta cultura, que parece habitaron en chozas (?), cazaban el antílope bubalus, el gran toro, una cebra, el muflón, liebres, conejos, algún felino y aves (avestruz, perdiz, halcón, etc.), y naturalmente comían caracoles (*Helix* y *Leucochroa*). Realizaban prácticas funerarias de inhumación con ocre, practicaban mutilaciones dentales y trasformaban los huesos humanos en objetos de uso ritual (húmero convertido en falo), entre los que sobresale el cráneo trofeo de Faid Suar. Son frecuentes los restos de cáscara de huevos de avestruz con perforaciones para su suspensión, en las que aparecen frecuentes decoraciones lineales (zigzags, senusoides, series de arcos, etc.). También con el Capsense da comienzo a un arte figurativo grabado sobre placas pétreas y figuras escultóricas antropomorfas (El Mekta), todo lo cual parece implicado más en una esfera religiosa que mágica. Respecto al origen de esta cultura se han señalado por una parte el área mediterránea europea occidental, por otra la zona del África nilótica. La primera hipótesis no parece aceptable dado el carácter continental e interior del Capsense. La segunda puede ser sostenida teniendo en cuenta las afinidades de esta cultura con el Sebilense egipcio.

A continuación se estudian una serie de culturas laminares del sur de Túnez y del Bajo Sahara, todavía poco definidas, cuyos «caracteres comunes son los de ser anteriores al Capsense y ricas en hojitas de borde rebajado». El Mellalense del Bajo Sahara ofrece también un porcentaje elevado de hojitas de borde rebajado y escasos geométricos, en tanto que en la *facies* de El Ued abundan estos últimos. El Columnatense se caracteriza por la abundancia de hojitas de borde rebajado, de segmentos muy pequeños, microburiles, buriles de ángulo sobre truncadura y ausencia de microlitos trapezoidales, composición que parece cercana a la del Ellassolítico de Kudiat Kifen Lahda y el Hamel. El Keremense es abundante en raspa-

dores, hojitas de borde rebajado, segmentos, triángulos y trapecios.

El proceso de neolitización del Norte de Africa lo estudia el A. como producto de tres corrientes culturales. Una, que se desarrolla al sur del Sahara y que se remonta al VII milenio, que podría denominarse neolítico saharo-sudanés. Otra, es la que neolitiza el litoral mediterráneo con las cerámicas impresas, con amplios contactos con la Península Ibérica desde los comienzos de la neolitización. Entre la región costera y el Sahara meridional se encuentra una amplia zona que comprende las tierras altas del Maghreb y el Sahara al norte del Trópico, donde se han desarrollado varias culturas neolíticas, agrupadas bajo el nombre de Neolítico de tradición capsense.

El neolítico saharo-sudanés supone la existencia de un territorio subárido, húmedo, con ríos, lagos y pantanos, bosques que perduraron hasta el III milenio, y que a causa del intenso pastoreo tiende a la desertización. Las sucesivas investigaciones pusieron de relieve la temprana aparición de formas agrícolas, hacia el 6.700 a. J.C. en Amekni (Tammanrasset, Hoggar), con restos de mijo, piedras molederas y cubetas de molienda, junto con formas cerámicas en forma de cuenco y decoradas con punzón y con impresiones (puntillados angulosos, ángulos hechos con peines, trazos dispuestos en zonas verticales y horizontales, etc.), los tipos grandes pudieron servir para cocer el mijo, y junto a ello un instrumental óseo de punzones, cucharas, leznas, puñales, alisadores, etc., y otro lítico formado sobre guijarros, cepillos, raederas, perforadores, bolas, etc., en tanto que las hojitas de borde rebajado desaparecen. A esta fase antigua siguen otras dos, extendidas por varias zonas o provincias saharianas. Así, en el Hoggar y en sus alrededores (Amekni, Meniet, Adrar Tiuiyne, Tammanrasset II), cuya segunda fase continuará con el antiguo neolítico de Amekni, mientras que la tercera, sin grandes cambios en el instrumental ofrece ya posibles restos de domesticación animal. Otra región, la del Adrar de los Iforas y del Tilemsi, ofrece, con el hombre de Asselar, cercano al tipo sudanés, unas industrias líticas en las que al comienzo predominan las puntas de flecha de base cóncava y las de pedúnculo, que abundan y en algún yacimiento llegan al 50 % (Karkarinchinkat), aunque parece tardío. Otra provincia se forma con el neolítico pastoral bovívdeo y el Tenereense, en la que aparece el *Bos africanus* domesticado ya antes del IV milenio. Esta fase pastoral, bien representada en el arte rupestre sahariano, se hace remontar por F. Mori a mediados del VI milenio (Acacus). En todo caso Lhote cree que la domesticación del toro fue precedida en el Sahara por la del carnero y de la cabra, de acuerdo con las superposiciones en los grabados rupestres, por lo que considera la existencia de una fase «prebovívdea» con ganado menor y pastores de raza blanca que practicaban la pintura corporal (Ti-n-Rhardis), aunque en otros lugares estas gentes aparecen guardando bueyes. El modo de vivir estos pueblos se nos muestra en el arte rupestre con

escenas de pastoreo, de caza, el adorno femenino, la vida social, la habitación, etc., arte que se completa con obras escultóricas. También se aprecian en estos pueblos ciertos rasgos de una posible transhumancia. Junto a estos elementos se desarrolla el Tenereense, cuya industria conserva el instrumental epipaleolítico, al que hay que unir puntas de flecha finas y alargadas, escoplos, foliáceas y los enigmáticos «discos tenereenses». Estas gentes fueron los autores de las esculturas en piedra dura del Erg el Amer. Su fecha en el Adrar Bus III es el 3.180 a. J.C., aunque en algunos yacimientos se llega hasta el 3.870. Otro grupo está formado por las industrias del Borku y del Eenedi, en el Sahara tchadense, en donde se han distinguido tres fases relacionadas con el antiguo neolítico saharo-sudanés y con el llamado neolítico de tradición capsense y con fases más recientes del neolítico. En el Dhar Tichitt se han encontrado los restos de una docena de aldeas situadas en los pasos o rebordes de la meseta, que fueron ocupadas por pastores y agricultores, de fechas muy recientes (1500-1400), aunque hay que pensar que en Mauritania tienen que encontrarse restos de un neolítico más antiguo.

El arte rupestre del Sahara se agrupa dentro de las cuatro fases generalmente admitidas. La primera ofrece grabados de animales salvajes, hechos a gran tamaño, y de gran realismo. El elefante, la jirafa, el rinoceronte, los antílopes y los bóvidos (búbalos) son los generalmente representados. No está aún probado que todos sean de la misma época y antiguos y se creen por algunos (Mori) anteriores al neolítico y prepastorales. No se encuentran figuras humanas y las que existen presentan cabeza de animal como cazadores enmascarados, pero la constancia de los adornos, la presencia de itifálicos y alguna escena de coito hacen pensar en posibles divinidades, de las que el Antiguo Egipto guardó largo tiempo el recuerdo.

La segunda etapa, la de las «cabezas redondas», con personajes míticos de dimensiones considerables, parece ser obra de una humanidad negra, aunque sus divinidades se hallan pintadas de blanco. A una primera fase con cabezas discoideas desproporcionadas, sucede una segunda de pinturas claras, blancas o amarillas, con unos puntillados sobre el cuerpo a modo de tatuajes, o con una pluma sobre la espalda o un báculo. En una segunda fase los personajes llevan un tocado policromo y complejo, algunos con el rostro enmascarado, cuyo perfil recuerda al tipo mediterráneo o hamítico, y con figuras de gran belleza (la «Antinea» del Jabbaren). Para Mori se trata de un estilo muy antiguo —VII milenio—, pero el A. piensa que es la obra de los negroides del Neolítico saharo-sudanés. La tercera fase, «bovívdea» o pastoral, es muy compleja y alcanza una gran extensión territorial. Sus pinturas son las más bellas y en la fase más antigua «pre-bovívdea» parece ya muy distinta de la de las «cabezas redondas». Junto a hamitas, tipo peul actual, se observan verdaderos negroides, que se han supuesto esclavos de los primeros (Lhote), quienes venidos del éste habrían dominado a los melano-

dermos neolíticos. En Tassili y Acacus los pastores son de raza blanca, ganaderos menores, que van armados de lanza y venablos arrojadizos, con adornos de plumas en la cabeza, en tanto que un segundo grupo, ganaderos de bóvidos, van armados con el arco de triple curva e incluso en algún yacimiento aparecen carros de bueyes.

La cuarta etapa, de los «equídeos», supone el comienzo de la desecación del Sahara. Los pastores de bóvidos desaparecen hacia el sur y el oeste, aunque al principio todavía los observamos mezclados con las gentes del grupo «equídeo». Las nuevas pinturas se caracterizan por la aparición de caballos tirando de carros de dos ruedas y dirigidos por guerreros que van de caza, en otras aparecen divinidades o soberanos que reciben el homenaje de sus vasallos, que van vestidos con una pieza de cuero hasta media pierna, mientras que las mujeres llevan una falda acampanada. Es de interés el enjaezado de los caballos, distinto del de los egipcios, con una especie de yugo en la cabeza y riendas que no se sabe si arrancan de un bocado o de la misma mandíbula. A medida que el agua escasea las pinturas nos señalan que el hombre se va acercando a los pozos. Esta etapa parece ser que alcanza desde el II milenio hasta poco antes del cambio de era.

En el capítulo dedicado al Neolítico mediterráneo se estudia la neolitización de la región costera, que se limita a un importante núcleo en la región marroquí del estrecho, con las cuevas de Achakar y El Khril (Tánger), Gar Cahal (Ceuta), Caf that el Gar (Tetuán); en la zona de Orán, la cueva del Ued Guettara y los restos de importaciones encontrados en Argelia oriental y Túnez. De todos estos grupos quizás el mejor conocido sea el marroquí del estrecho, con cerámica cardial, relacionada estrechamente con la de la Península Ibérica, y una industria lítica de fondo íbero-maurisense en el que van desapareciendo las hojitas de borde rebajado, faltan los geométricos, aparece alguna hacha y todavía son muy escasas las puntas de flecha. De gran interés son las importaciones de obsidiana que revelan un activo comercio muy antiguo en el Mediterráneo occidental. En Hergla (Túnez) se ha datado un nivel con obsidiana el de 3370 a. J.C., que corresponde a fechas del Chaséense francés, mientras que en Córcega la obsidiana aparece ya en 5650 (Currachiaghiu) y en 5750 (Basi) junto a cardial. Tras un breve resumen acerca de la decoración de la cerámica impresa y su extensión costera y «tellense», el A. nos habla de la domesticación de animales dentro de esta área cultural. Según los resultados de El Khril y Achakar las ovejas y cabras domésticas parecen anteriores a la cerámica cardial, aunque el origen de las ovejas queda dudoso, así como el de la cabra, por lo que por el momento habrá que pensar que estos animales se importan a Marruecos al comienzo de la neolitización. En cuanto al toro parece derivar del *Bos ibericus* y su domesticación pudo realizarse en el Maghreb. No existen datos que nos hagan pensar en la existencia de la agricultura en el V milenio

en la zona costera marroquí y la caza debió de ser, junto con la recolección, importante base alimenticia.

En el Marruecos atlántico, junto a la cardial aparecen tres tipos de cerámica: a) acanalados mediante impresión de cañas (El Khril), b) las de asa interior en orejeta perforada (zona de Casablanca) y c) con asa tabular de perforación vertical —alguna horizontal— (necrópolis de El Kiffen). Esta zona se caracteriza además por una fuerte influencia ibérica, por utilizar el peine para la decoración cerámica y la abundancia de hachas y de azuelas de piedra pulimentada.

El Neolítico de tradición capsense, nombre que se mantiene por no existir otro mejor, se desarrolló en una zona situada entre el neolítico costero y el sahara-sudanés y forma una provincia muy individualizada con una industria lítica procedente de la capsense, otra ósea muy diversificada, escasa cerámica, abundantes cáscaras de avestruz decoradas y un importante arte rupestre y mueble, todo lo cual ha diferenciado plenamente a este neolítico de las culturas que le rodean. A una fase inicial, Capsense neolitizado (Abrigo 402, Redeyef, Khanguet si Mohamed Tahar, Ain Naga, etc.), en la que los geométricos tienden a desaparecer y existe alguna punta de flecha de filo transversal —dentro del V milenio—, sucede una segunda fase en la que se afirman los elementos neolíticos y parecen puntas de flecha de pedúnculo y aletas y lanceoladas (Damus el-Ahmar). Durante la tercera (Bu Zabanin) ha desaparecido casi totalmente la hojita de borde rebajado (2 %) mientras que las puntas lanceoladas abundan (15 %), al mismo tiempo que el arte mueble adquiere un gran desarrollo (cabeza de avestruz, pez, antílopes, etc.) sobre cáscaras de huevo de avestruz y la industria ósea mejora en sus tipos (leznas, punzones, objetos de adorno, etc.). Los autores de esta cultura parecen ser gentes mediterráneas con infiltraciones negroides por el sur y permanencia de elementos mechtoides por la zona montañosa del norte. En el Sahara encontramos el neolítico de tradición capsense diversificado en varias facies (tipo Ain Guettara y región de Uargla; cerámico de El Hadjar —Ued Mya—; tipo El Bayed, en la región del gran erg) todos ellos se caracterizan por la progresiva sustitución del instrumental capsense o epipaleolítico por otro neolítico, la escasez de la cerámica —de fondo cónico—, más decorada al sur de los chotts, etc., observándose además que la neolitización se ha efectuado de una manera idéntica en todos los grupos humanos que ocuparon el Bajo Sahara. El neolítico de Libia (abrigos de Abiar Miggi, Haua Fteah) nos señala también una sustitución progresiva de las industrias epipaleolíticas.

Otra provincia neolítica se extiende a lo largo del Atlas sahariano y del Sahara occidental y se caracteriza por una mayor abundancia de cerámica con decoración distinta de la de la zona oriental, hecha con impresiones «pivotantes», disminuyen los microlitos y las puntas de flecha son escasas (Ain Naga). En toda la zona se constata la cercanía o yuxtaposición de los yacimientos a centros de arte

rupestre, como en el Safiet bu Rhenan, o en el Tiaret. Esta corriente neolítica se extiende al Atlas marroquí (Tulkine) con sus originales puntas triédricas y su cerámica punteada. En el Sahara occidental, los yacimientos de Hassi Menikel, Fun Geiada, Kueng Tlaia revelan ya una neolitización en el V milenio.

Respecto al arte rupestre del Atlas el A. se inclina por considerarlo neolítico, aunque gran parte del mismo podría ser más tardío. Posiblemente habrá que buscar su origen en el epipaleolítico, pero no en el arte rupestre sahariano, ya que entre ambos existen notables diferencias, pues en el del Atlas no se ven figuras humanas o son excepcionales, ni actos de coito, ni leones, etc., en tanto en el Sahara las figuras animales carecen de movimiento, no aparece el morueco coronado o no por un esferoide, que en alguna ocasión va precedido de una figura masculina, ni el búballo en actitud de embestir, etc. Todo ello unido a que el Atlas marroquí fue poblado por mediterráneos parece diferenciarlo en origen del Sahara, que fue obra de poblaciones negras. El A. busca sus orígenes en el mismo Maghreb en los antecedentes artísticos anteriores al neolítico, en el Capsense e incluso en el Mellalense (Uargla). Además no es posible de dejar de tener en cuenta un importante arte mueble atlasense de raíz capsense. El arte rupestre ofrece un gran estilo antiguo naturalista, en el que destacan por una parte los animales, como el morueco con el esferoide, por otra el hombre, de tipo europeo, con taparrabos o túnicas de franjas, adornos y tocados de pluma o cuerno, que van armados de arcos y flechas, venablos, hachas y quizás escudos. Otros estilos, que se encuentran junto al anterior, son de cronología difícil (el «bovídeo» del sur marroquí, el de los pastores de ovejas de Argelia central y oriental, etc.).

En un capítulo final y a modo de conclusión se trata rápidamente de la edad de los metales y del origen de los bereberes. Estos aparecen después de la desecación del Sahara, con las nuevas culturas mediterráneas que invaden la costa norte, introduciendo los metales, las nuevas técnicas y creencias que informaron la vieja cultura rural bereber, en la que a una base protomediterránea —cada vez más mechoide— se mezclan elementos ibéricos (metalurgia, campaniforme, acanalados, cistas y silos) en Marruecos, mientras que en el Este se encuentran rasgos culturales llegados de Oriente a través de Italia y Sicilia (dólmenes, hipogeos, cerámica pintada, casas rectangulares y techo a dos vertientes). En las zonas esteparias del sur los jinetes nómadas introducen nuevas especies animales (caballo barbado y oveja «barbarín») y prácticas funerarias (grandes tumbas con capillas), pero los bereberes no supieron o no pudieron —el Maghreb central es una zona de paso— constituir un potente centro cultural y político agrupador de todos los pueblos del Africa nordoriental.

Tal es, muy resumida, la obra que nos ofrece el Prof. Camps, fruto de un continuado esfuerzo y de su contacto personal con la prehistoria nordafricana. Nuestro único co-

mentario es que nos encontramos ante un libro que los estudiosos de la prehistoria africana, y aun de la europea, tendrán que tener muy en cuenta, en especial por su amplia y completa información sin divagaciones eruditas, expuesta con un gran sentido crítico desprovisto de apasionamientos y, sobre todo, por su estilo claro y directo que hace llegar al lector lo esencial y fundamental de cada uno de los temas tratados.

FRANCISCO JORDÁ CERDÁ

H.-J. HUGOT: *Le Sahara avant le désert*. Editions des Hespérides, Toulouse, 1974. 344 págs. y numerosas figuras y mapas sin numerar. Prólogo del Prof. L. Balout.

Se trata de un libro escrito por un hombre enamorado del Sahara y su pasado, uno de los mejores especialistas en cuestiones prehistóricas saharianas. A través de sus páginas se advierte la preocupación del A. por tratar de establecer bases sólidas en que apoyar sus investigaciones. Busca esencialmente el entorno dentro del cual vivieron los primitivos habitantes de la región del Sahara, que en otro tiempo fue asiento de grandes culturas prehistóricas.

Un primer capítulo nos habla de los aspectos de la desertización, acentuada desde el 3000/2000 a. J.C., de la escasez de agua y de lluvias, del viento constante y de la arena. Se trata de un gran «sistema hidráulico», hoy muerto, que converge siempre hacia extensas cubetas —excepto la Sagía el Hamra—, sistema que permitió, hace miles de años, la existencia de una sabana arbolada, con bosques-galería en los valles de los ríos y bosques de altura con alcornocos y cedros, lo que explica la gran cantidad de restos prehistóricos que se encuentran en lo que hoy es un gran desierto. Interesante capítulo que termina con una sucinta historia acerca de los investigadores que se preocuparon por la Prehistoria del Sahara.

El segundo capítulo se dedica al Paleolítico arcaico e inferior. El primero con la altura de los cantos preparados, que el A. fue el primero en estudiar y sistematizar, cuya distribución en Africa parece, por el momento, limitada al Africa Sudoriental, al Sudán y al Africa Nordoccidental (Marruecos, Argelia, Mauritania y Sahara). El Paleolítico inferior es difícil de estructurar dentro de un sistema, ya que se carecen de estratigrafías, ya que todos los yacimientos son de superficie, no obstante nos encontramos ante unas facies regional del achelense africano, cuyo origen es difícil de precisar a pesar de los esfuerzos de Chavallon en la región del Saura, aunque es posible pensar en unos posibles orígenes orientales (Kenya, Etiopía).

En el tercer capítulo, dedicado al Paleolítico terminal sahariano, se pone de relieve que éste no se adapta al Paleolítico medio europeo. Nos encontramos con un fondo

indiscutible musteroide, en el que la técnica Levallois es fundamental, que dio origen al Aterense, que proviene de la gran zona nordoccidental (Argelia y Marruecos). Este Aterense llega tarde a las regiones del Sahara meridional y en el Tchad se data hacia el 7000 a. J.C., cuando el fenómeno neolítico está a punto de comenzar en el Sahara. El final de este Aterense, que desaparece bruscamente, hay que ponerlo en relación con un cambio climático importante que trastornó las condiciones climáticas del Sahara, barriendo de paso a los neandertalenses. El Capsense típico ha dejado algunos restos en unos pocos yacimientos a través del Uargla, en Tademait, pero esta etapa está todavía mal conocida en el Sahara.

En el capítulo cuarto, dedicado al Neolítico, el A. hace aportaciones importantes. Aparecen los primeros elementos neolíticos hacia el 7000 a. J. C. y el A. considera que la llamada revolución neolítica es «un reajuste brutal entre dos órdenes de hechos en el plano vital», en el que lo material va más deprisa que lo moral. El neolítico comienza en el Sahara tres mil años antes que los faraones y sus comienzos coinciden con los inicios de la desertización del territorio. El Sahara nos ofrece varias colonizaciones agrícolas y ganaderas. En primer lugar, cita el A. al *Neolítico de tradición capsense* que, introducido desde el norte, aporta una agricultura o protocultura, con caza y pesca, animales domesticados y una cierta organización social en la que se advierte la especialización. Una segunda facies la constituye el *Neolítico de tradición sudanesa* que se apoya en un cierto sustrato africano en el que se encuentran abundantes elementos europoides, provenientes quizás de la zona nilótica, en el que destaca el trabajo de la piedra pulimentada, el uso del marfil y del hueso (arpones), con una agricultura de olivos, viñedos y gramíneas (arroz, en el gran bucle del Níger, y mijo), al tiempo que se observan ganados de toros, caza y pesca. Otra facies es el *Tenerense* (VII/VI a. J.C.), con una cerámica de tradición sudanesa y con raíces en el «neolítico de Khartum», para su período antiguo, en el Neolítico de Nubia y «Grupo C», para sus períodos recientes. En él destacan los molinos de mano y muelas, que parecen haber sido fabricados para la exportación, así como hachas y azuelas en jaspé verde. Su alimentación se basaba en la carne de hipopótamo, en moluscos bivalvos y en siluros, junto con granos de almeza y alguna cucurbitácea, de la que pudieron obtener, de sus simientes, aceite, y posiblemente arroz, mijo y gramíneas salvajes. Todavía una cuarta facies neolítica, el llamado Neolítico de Tichitt, que se fecha en el III milenio y que aparece cuando comienza la desecación de los grandes lagos. Sus creadores, gentes de tipos africanos, se refugian en zonas montañosas, construyendo villas fortificadas (2.500/3.000 habitantes) situadas estratégicamente en espolones, con sistemas de conducción de agua fortificados, casas con pilares, muros ciclópeos, recintos para ganado junto a las villas y una organización social basada esencialmente en la defensa. Elementos de piedra pulida y tallada, puntas de

flecha de base cóncava y de pedúnculo, instrumentos de hueso y el posible uso del cuero. Producían estatuillas zoomorfas (bueyes) y graban animales en los abrigos rupestres. Unas consideraciones finales cierran este interesante capítulo acerca de la sistematización del Neolítico sahariano.

Al arte rupestre y escultórico se dedica un amplio capítulo en el que se estudian las posibles relaciones con Egipto y el carácter religioso del mismo (culto a la fecundidad). El A. acepta la ordenación corriente de los especialistas (Lhote, Mori, etc.) y acentúa por su parte que el período de los «carros volantes» y de los «pueblos del mar» pueden significar una colonización, más o menos afortunada, de los pueblos egeos.

Un capítulo acerca de los monumentos preislámicos, los túmulos con sus variantes, que se remontan al antiguo Egipto y se relacionan con los adoradores del sol. Unas consideraciones finales acerca de la permanencia del genio africano y de la serie de pueblos que poblaron el Sahara cierran este bien hilvanado libro, que hemos de agradecer a los trabajos y desvelos del Prof. Hugot, al que felicitamos cordialmente por su bella obra.

FRANCISCO JORDÁ CERDÁ

J. M. BLÁZQUEZ: *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente*. 2.^a edición corregida y aumentada. Acta Salmanticensia, Filosofía y Letras n. 85, Salamanca, 1975, 447 págs. y 156 láminas.

El creciente interés de arqueólogos e historiadores españoles y de otros países por Tartessos y la colonización fénico-púnica en la Península Ibérica está siendo generosamente recompensado por los hallazgos arqueológicos. Muestra de ambas cosas es el presente libro de Blázquez. Es suficientemente expresivo, en primer lugar, que la primera edición de una obra para especialistas como es ésta, aparecida en 1968, hubiese quedado ya agotada hace varios años. Por otro lado, la multiplicación de los hallazgos, producto de una intensificación de las labores de prospección arqueológica, habían hecho que el libro hubiese quedado ya superado y que, en consecuencia, en la presente edición aparezca casi duplicado en texto y láminas (176 páginas más y 68 láminas).

Pese a que los hallazgos son, como decimos, cada vez más numerosos, su principal novedad creemos que radica no tanto en su número como en su naturaleza, consecuencia de los sistemas de excavación seguidos. Hasta hace unos años el gran mal de la arqueología fenicia en España radicaba en que estaba basada en hallazgos sueltos y, por tanto, sin entorno arqueológico preciso. Actualmente esta deficiencia está siendo superada. Establecimientos y necrópolis, bien fenicias, bien indígenas, pero con claro influjo

fenicio, están siendo excavados en gran número y con nuevas técnicas (Aljaraque, Trayamar, Toscanos, Alarcón, Frigiliana, Jardín, El Carambolo, Huelva, Colina de Quemados, etc.) con lo cual, y ayudados por los progresos en el mismo sentido en otras áreas del Mediterráneo, nos vamos acercando al conocimiento de lo que fue la realidad histórica del complejo fenómeno de la colonización fenicia en la Península y su producto más brillante, Tartessos. A pesar de todo, estamos aún lejos de llegar a ofrecer grandes síntesis nuevas; es seguramente por ello por lo que Blázquez no ha variado el texto, ni las conclusiones de la primera edición de su obra y ha optado por añadir al texto primitivo las novedades de los últimos años. El autor divide estas novedades en cuatro grupos: a) Poblados fenicios: Cerro del Peñón, Toscanos, Alarcón y Aljaraque; b) Necrópolis fenicias: Cortijo de las Sombras, Trayamar y Jardín; c) Poblados indígenas: Cabezos de San Pedro y de la Esperanza, Colina de los Quemados, Los Saladores y Vinarragell; d) Necrópolis indígenas de influencia fenicia: La Joya, Osuna, Setefilla y Bajo Alemtajo. Aparte de ello, vienen puestos al día los hallazgos y materiales recogidos en la primera edición.

El gran mérito, pues, de la obra consiste en poner en manos del especialista, de un modo exhaustivo, todo el material arqueológico existente en la actualidad sobre la colonización y sus influjos materiales más directos sobre las culturas indígenas. La colonización de la Península Ibérica, aunque adquiere aquí rasgos específicos que se pueden simbolizar en la cultura tartésica a cuya correcta comprensión nos vamos acercando, dejando de lado mitos e ideas preconcebidas, no difiere esencialmente de la del resto del Mediterráneo donde se formó la gran koiné fénicopúnica. Por lo tanto, su estudio ha de ir paralelo con el de las restantes áreas; de ello es bien consciente Blázquez y constituye un magnífico exponente esta obra donde manifiesta toda su erudición en el establecimiento de paralelismos, influencias, etc., fruto de su seguir al día el desarrollo de toda la arqueología mediterránea.

La presentación del libro, al igual que ya lo era en su primera edición, es excelente y las láminas de una gran calidad lo que en una obra de esta naturaleza es de capital importancia haciendo factible el estudio de los materiales a quien no los conoce «de visu», cosa no fácil dada su dispersión.

Creemos, en definitiva, que en cuanto a recogida de materiales, la obra resulta difícilmente superable y su consulta indispensable para cualquier especialista. Sólo es de desear que con la continuación de las exploraciones arqueológicas y de la interpretación y el estudio histórico de los materiales estemos pronto en condiciones de ofrecer nuevas síntesis de lo que, decíamos, es el complejo fenómeno de las colonizaciones fenicia y púnica.

R. TEJA

J. M. BLÁZQUEZ: Ciclos y temas de historia de España. *La Romanización*. 2 vols., Ed. Istmo, Madrid, 1974 y 1975, 258 y 437 págs. respectivamente.

La amplia labor de investigación sobre los más variados aspectos de la Hispania romana desarrollada por J. M. Blázquez durante los últimos veinte años aparece ahora recopilada en una obra bajo el título genérico de *La Romanización*. Presenta, sin embargo, respecto a las recopilaciones clásicas de artículos de un mismo autor, tan en boga hoy en día y tan útiles, dada la variedad de Revistas sobre la historia y la cultura antiguas que proliferan por todo el mundo (recordemos por citar algunas de las recopilaciones más recientes las de S. Mazzarino, A. H. M. Jones, R. Duncan-Jones) dos novedades que creemos necesario resaltar. Por un lado, los artículos aparecen refundidos y entrelazados de modo que los dos volúmenes se presentan en una forma expositiva y unitaria. En el aspecto formal nos encontramos, por tanto, más ante un libro en el sentido clásico del término que ante una recopilación. En segundo lugar, y teniendo en cuenta que la obra va destinada a un público amplio de universitarios y gentes interesadas en la Historia Antigua, el aparato de referencias ha quedado limitado a las fuentes literarias, eliminando la riquísima documentación arqueológica y de bibliografía moderna que es uno de los grandes méritos de la producción histórica de Blázquez. Lo que se ha ganado en soltura y facilidad de lectura se ha perdido por el lado de la aportación científica, si bien al especialista le queda siempre el recurso de acudir a los artículos originales.

Entrando ya en el contenido de la obra, hay que resaltar que en ella viene abordada de un modo más o menos exhaustivo según los casos, casi toda la problemática de la Hispania romana. El primer volumen está dedicado a la conquista predominando en él la exposición de los hechos políticos, mientras que el segundo es un tratamiento sistemático de los problemas sociales, económicos, religiosos y administrativos. Puesto que se parte de una serie inconexa de artículos previos, priva aquí el tratamiento conjunto y la visión global sobre la evolución histórica.

Dada la amplitud de los aspectos tratados resulta difícil resaltar unos sobre otros. Pero, debido al interés creciente en la historiografía romana actual por revalorizar las permanencias y aportaciones indígenas en las diversas provincias del Imperio, creemos de especial interés la tercera parte del volumen segundo dedicada al estudio de los elementos no romanos en la Hispania romana, así como el Apéndice que se ocupa de los orígenes del Cristianismo español donde se expone la teoría, cada vez más generalmente aceptada, de su origen africano. Por lo demás, en toda la obra transpira lo que creemos es la principal cualidad del Autor, el exhaustivo conocimiento y familiaridad con las fuentes antiguas y la bibliografía moderna. Ello

hace que resulte una obra muy útil e interesante para un público muy amplio de todas las categorías.

R. TEJA

A. TOVAR y J. M. BLÁZQUEZ: *Historia de España Romana*. Alianza Editorial. Madrid, 1975, 377 págs. y 17 mapas y grabados.

El libro que comentamos viene a colmar un importante vacío dentro de la historia de España. Es cierto que se había escrito abundante sobre el período de la dominación romana en nuestra península, pero de esto hacía ya varios años y además no se había hecho en plan de divulgación, como es este caso. Por todo ello, estas dos características (colmar el vacío y además con fines divulgativos), constituyen según nuestro parecer los primeros aspectos positivos.

El libro está distribuido en cuatro partes. Las dos primeras atienden a la sucesión cronológica de los hechos que pudiéramos llamar de «historia externa» (conquista, hechos militares más importantes incluso dentro del período ya pacifista del Alto Imperio, invasiones germánicas...), mientras las otras dos se destinan a examinar dos aspectos distintos, como son las creencias religiosas y la evolución de la economía y de la sociedad. Esto también se hace siguiendo la sucesión cronológica y prácticamente se consideran como compartimentos estancos y paralelos, puesto que cada uno ocupa un capítulo distinto y no se resalta la interconexión que pueda haber entre ellos.

Este tipo de exposición tiene evidentemente ventajas e inconvenientes. Ventajas son el ofrecer de cada aspecto una sucesión ininterrumpida, en la que se puede apreciar la evolución histórica correspondiente a cada momento y a cada circunstancia. Inconvenientes el ofrecer aspectos parcelados que en la historia nunca se dan independientes sino siempre encadenados, inmersos, y relacionados e influidos por todos los demás. Quizá para el lector más o menos profano, o para el que aspira a un acercamiento a este momento de la historia, este sistema seguido por los autores sea el más claro, aunque no queremos dejar de señalar las dificultades inherentes.

La mitad aproximada del libro (166 páginas) son la historia lineal de los hechos militares y políticos, redactada y confeccionada por A. Tovar. Dentro del cuadro de ventajas e inconvenientes ya expresados supra, nosotros hemos creído advertir que la narración se hace en muchas ocasiones de manera novelada incluyendo abundantes anécdotas, que en algunos casos no son más que eso —simples anécdotas—, a las que habría que aplicar una cierta crítica histórica. La exposición así hecha puede resultar más fluida, más amena para el lector, pero elimina rigor histórico,

aunque no haya que perder de vista el fin divulgatorio del libro. Más importante nos parece que por querer darle al libro un carácter narrativo de hechos de armas, militares y políticos, abarcando lo más posible cuanto las fuentes nos han transmitido, resulta a veces excesivamente denso en cuanto a nombres propios (generales, batallas, etcétera) que llegan a embotar la cabeza del lector. Si evidentemente es importante recoger cuanto se conoce, tal vez pudiera haberse ofrecido en cuadros esquemáticos, que recogieran estas noticias que no tienen excesivo relieve, reservando la narración para aquellos hechos de mayor trascendencia. Esto es: así como de los metales preciosos obtenidos de la península a continuación de la segunda guerra púnica, se presenta un cuadro, que pedagógicamente resulta mucho más útil que si se hubiera hecho en forma narrativa, así también pensamos que con varios de los hechos políticos y personajes que se incluyen podía haberse utilizado el mismo sistema. Hubiera hecho la exposición más breve y gráfica.

Por lo que respecta a las dos últimas partes, escritas por J. M. Blázquez, las impresiones que nos producen, además de la general ya expresada, es que en general resultan más amenas que las anteriores. Es posible que el mismo tema, más variado por naturaleza, lo favorezca intrínsecamente. Anotamos que se incluyen también anécdotas, que aquí cumplen una finalidad doble: amenizar e instruir, como ocurre en la descripción de la explotación de las minas.

Efectivamente, resulta sumamente ilustrativa la relación de procedimientos (acompañados con gráficos) de explotación de aquellos tiempos, al mismo tiempo que incitan a reflexiones interesantes, y todo ello, al despertar la curiosidad del lector, hace penetrar más fácilmente los conceptos y la problemática entonces planteada. Igualmente ocurre con otros capítulos, como el correspondiente a «liberalidades», «población y urbanización», etc.

En conjunto hemos de señalar, que nos parece que los autores han sacrificado la profundidad en aras de la divulgación. Esto es: creemos que en bastantes aspectos ambos están capacitados para desmenuzar más los temas y plantear sobre bases más amplias y profundas la problemática de algunos aspectos de la Hispania Romana, pero que han preferido dar ligeras pinceladas atendiendo más al lector profano o semiprofano, que al familiarizado o imbuido ya en estos temas. Siendo así, y recordando lo ya dicho de la inexistencia de un libro de estas características, pensamos que pese a las reservas ya reseñadas, A. Tovar y J. M. Blázquez han hecho un buen servicio a la bibliografía española, y ahora ya se puede encontrar en un libro breve y manejable lo más importante de la dominación romana en España.

No hay que dejar de olvidar, que aunque sumamente conciso y resumido, el libro recoge los últimos resultados de las investigaciones más recientes sobre los diferentes aspectos sobre los que trabajan los estudiosos en la actua-

lidad. Esta puesta a punto de las cuestiones es otro aspecto positivo al que hay que dar todo su mérito.

Por último, sólo falta añadir que el libro recoge una bibliografía lo suficientemente explícita como para orientar al lector sobre los puntos que necesite una profundización mayor, al igual que la breve indicación sobre fuentes orienta al lector sobre los documentos a utilizar en cada caso. Este último apartado lo consideramos muy positivo, puesto que las fuentes son muy dispersas e ignoradas para el profano y semiprofano.

JOSÉ L. RAMÍREZ

Estudios sobre centuriaciones romanas, Universidad Autónoma de Madrid, Ciudad Universitaria de Cantoblanco, Madrid, 1974, 160 págs.

Los estudios dedicados a rastrear y detectar las centuriaciones romanas comenzaron hace ya más de un siglo: los primeros intentos, referidos a la región de Cartago, fueron debidos a Falbe (*Recherches sur l'emplacement de Carthage*, París, 1833), al que siguieron otros muchos. No obstante, el desarrollo intenso y, a veces, monumental de las investigaciones en este campo ha tenido lugar en los últimos 25 años, ayudado sobre todo por el empleo sistemático de la fotografía aérea como medio de trabajo.

Por lo que respecta a *Hispania* la intensa romanización en ella producida, al menos en algunas de sus zonas, hacía suponer que también serían muy abundantes los restos de centuriaciones. Así, en varias ocasiones Chevallier ha hecho alusión a ello, lo mismo que algunos otros autores, con alusiones directas y concretas, aunque desperdigadas, a zonas de Carmona, Elche, Valencia o Mérida por ejemplo. Sin embargo el libro que ahora reseñamos constituye el primer estudio específico aparecido en España sobre este tema.

Se trata de un conjunto de 10 artículos: en el primero de ellos V. M. Rosselló Verger («El catastro romano en la España del Este y del Sur», pp. 9-33) presenta el catastro romano en España oriental y meridional: partiendo de unas generalidades sobre los agrimensores romanos, el estudio de la *centuriatio* (características que recubre) y los supuestos geográficos (condiciones físicas y humanas), analiza la localización de los trazados examinados.

A continuación A. López Ontiveros («Parcelarios geométricos en la campiña de Córdoba», pp. 35-60) estudia la *centuriatio* de carácter geométrico de la campiña cordobesa, centrandó su análisis en el término de Ecija y en Montemayor-Fernán Núñez, y en los catastros regulares de las poblaciones carolinas cordobesas de los siglos XVIII, XIX y XX.

Seguidamente G. M. Cano García («Centuriaciones en

Baza [Granada]», pp. 61-67) revisa el estudio de las centuriaciones de esta localidad en varios apartados: bases geográficas de la romanización, las centuriaciones y sus características (el campo de Jabalcón, Freila y Zújar, y Tarifa y la Jabamula) y la pervivencia y consecuencias de las mismas.

Con posterioridad A. Morales Gil («Tres ejemplos de *centuriatio* en el Altiplano de Jumilla-Yecla [Murcia]», pp. 69-82) describe tres ejemplos de centuriación de la provincia murciana (el parcelario romano de El Prado de Jumilla, la *centuriatio* de la Hoya de El Carche y el parcelario romano de Yecla). Hace destacar la localización de las ruinas y su supervivencia bajo la forma de cortijos modernos; en este sentido, como conclusión general, afirma que «los restos de parcelario romano en el Altiplano de Jumilla-Yecla están íntimamente ligados a las posibilidades de aguas epígeas permanentes, aunque haya probabilidad de existencia de esta población aprovechando las aguas de avenidas» (p. 81).

V. M. Rosselló Verger y G. M. Cano García en «Un parcelario geométrico cuestionable. La Huerta y la ciudad de Murcia» (pp. 83-90) nos ofrecen la parcelación geométrica de la Huerta, formulando muchos problemas y orientaciones en torno al tema, y plantean, al mismo tiempo, la cuestión del origen romano de Murcia.

Por su parte E. A. Llobregat («Avance de una prospección del catastro romano en la provincia de Alicante», pp. 91-100) presenta algunas conclusiones, resaltando, sobre todo, sus puntos de vista metodológicos, relativas a algunas áreas con posibilidades de localización de huellas catastrales romanas en la provincia alicantina.

A su vez V. González Pérez («La *centuriatio* de Ilici», pp. 101-113) ha descubierto el catastro de *Ilici* mediante la red de caminos y el trazado de las acequias, dándose cuenta, a un mismo tiempo, de la importancia de las influencias urbanas y, por tanto, de las relaciones ciudad-campo.

A continuación G. M. Cano García en «Sobre una posible *centuriatio* en el regadío de la acequia de Montcada (Valencia)» (pp. 115-127) describe el catastro de esta zona valenciana mediante el estudio de las características propias de la *centuriatio* (fundación de Valencia y reparto de tierras, su situación geopolítica...), y, ante todo, la pervivencia y consecuencias de la misma.

Posteriormente A. López Gómez cree haber dado con las «Posibles centuriaciones en Castellón de la Plana» (pp. 129-136), aunque dicha parcelación lleva en sí connotaciones de problemas cronológicos. Para el autor la romanización de la Plana de Castellón fue intensa.

Finalmente V. M. Rosselló Verger («La persistencia del catastro romano en El Migjorn de Mallorca», pp. 137-155) ilustra la supervivencia del catastro romano mallorquín a través del estudio de las centuriaciones de Ses Salines, Santanyí y Calonge.

Hay que hacer constar igualmente que cada trabajo

comporta una bibliografía pertinente y adecuada al tema de que trata. A través de todos ellos se aprecia el interés que los arqueólogos van poniendo en relación con los geógrafos para el estudio de las centuriaciones. Todos los autores han examinado detenidamente los estudios aparecidos con anterioridad referidos al tema y, así, poseen un profundo conocimiento del terreno (papel del agua, importancia de la toponimia, relaciones entre el parcelamiento y el *habitat*...). Sin embargo aún no conocían en el momento de la redacción de sus respectivos trabajos los buenos resultados obtenidos por M. Ponsich en relación con Andalucía (*Implantation rurale antique sur le Bas-Guadalquivir*, Madrid, 1974). El camino abierto ofrecerá muestras análogas en otras comarcas y regiones y en él será necesaria la colaboración de geógrafos, historiadores y arqueólogos para realizar un análisis más rápido en los resultados obtenidos.

NARCISO SANTOS YANGUAS

J. MARTÍNEZ BLÁZQUEZ: *La campaña de Catón en Hispania*, Edic. Ariel, Barcelona, 1974, 206 pp. + 15 figuras.

Esta obra inicia la serie de *Studia Latina Barcinonensia*, y está dedicada a estudiar las actividades de Catón el Censor en Hispania. El interés del autor va encaminado a poner en relación los datos obtenidos mediante el análisis de las fuentes literarias antiguas, tanto griegas como romanas, con los aportados por las fuentes arqueológicas, y, de esta forma, reconstruir el cuadro completo de la actuación del cónsul Catón en España durante el año 195 a. C.

El capítulo primero (pp. 13-21) trata, de forma apretada, la biografía de Catón y estudia su personalidad en relación con la campaña de Hispania (en la p. 21 ofrece una cronología bastante completa de la vida del personaje, cuya existencia se prolongó durante 85 años).

En el apartado 2 revisa el tratamiento que la campaña catoniana en Hispania recibió desde el siglo XVI entre los grandes historiadores españoles (pp. 21-28). En este sentido ya en la Introducción (pp. 9-10) había analizado las páginas escritas sobre el tema por Bosch-Gimpera y Aguado Bleye (*España romana*, tomo II de *Historia de España* bajo la dirección de R. Menéndez Pidal, Madrid, 1962, pp. 57-64 y notas 33-49 en pp. 82-85).

La parte tercera está dedicada al estudio de las fuentes sobre la campaña de Catón (pp. 29-100): testimonios oficiales, directos o indirectos, testimonios calificados por el autor como «casi oficiales», entre los que incluye los discursos referentes a la campaña, y testimonios no oficiales, representados en los autores antiguos (Ennio, Plauto, Polibio, Nepote, Livio, Plinio, Valerio Máximo, Frontino, Plutarco, Apiano, Polieno y otros autores cuyas noticias son

de menor importancia). Sobresale en este punto la tabla cronológica de las fuentes literarias de la campaña (p. 100).

El capítulo cuarto nos presenta las fuentes literarias antiguas, en su texto latino o griego, y una traducción de las mismas (pp. 101-153), mientras que el apartado quinto está dedicado a ofrecer una visión bastante completa de las fuentes arqueológicas relativas a la campaña catoniana (pp. 154-171). En este último aspecto destaca la insuficiencia de las mismas, sobre todo en algunos puntos concretos, pese a lo cual se pueden aún considerar algunos puntos de vista básicos: valoración e importancia de los textos ibéricos, distribución de la población ibérica, los poblados y su datación y distribución en el área catalana, forma de vida e instrumentos bélicos de la época catoniana, así como un estudio de los contactos que llevó a cabo Catón con los diferentes pueblos en sus incursiones (layetanos, cesetanos-susetanos, lacetanos, bergistanos...).

Finalmente en el capítulo sexto realiza, partiendo de los presupuestos, datos y fuentes de los apartados anteriores, una reconstrucción y valoración de la conquista catoniana (pp. 172-180). La reconstrucción de la campaña toca los siguientes puntos: preparativos de la misma, contingentes romanos en Hispania, inicios, batalla de Ampurias, desarme de los hispanos y destrucción de las murallas, marcha de Catón a Turdetania, vuelta por Celtiberia, ataque contra lacetanos y bergistanos, y reorganización de la provincia.

Por lo que respecta a la valoración de la campaña, partiendo de las opiniones confrontadas de Della Corte (*Catone Censore. La vita e la fortuna*, Firenze, 1969², p. 35), para quien la labor de Catón no había significado una toma de posición en la romanización de la tierra por él sometida, y de Bosch-Gimpera y Aguado Bleye (*España romana*, p. 57), quienes aseguran la honda huella que trajo el paso de Catón por España, el autor afirma que «la campaña catoniana fue más conocida e invocada que otras actuaciones militares tan importantes como las de Catón e incluso más decisivas para la conquista y dominio de Hispania por parte de los romanos, pero que no fueron acompañadas de estas circunstancias personales y literarias de sus protagonistas y por ello nos son hoy casi absolutamente desconocidas» (p. 178).

El libro se completa con una extensa bibliografía (pp. 181-192) sobre ediciones críticas de los textos clásicos citados, filológica, histórica y arqueológica, y de obras de los grandes historiadores españoles relativas al tema. Asimismo un índice de pasajes comentados y otros dos, uno de ellos geográfico y otro onomástico, cierran la obra (pp. 193-203).

La valoración de las fuentes literarias se realiza de forma exhaustiva mientras que las aportaciones arqueológicas no son tan claras, debido, quizás, a que no se han realizado excavaciones con un método y una sistemática apropiados en las zonas en que tuvieron lugar las acciones militares de Catón. Pese a todo el presente trabajo aporta una nueva

problemática al estudio de la primera época de penetración de Roma en *Hispania*, problemática aún sin resolver en muchos aspectos y perfiles y a la que los nuevos hallaz-

gos arqueológicos e, incluso, la revisión de los materiales ya existentes pueden ir abriendo camino.

NARCISO SANTOS YANGUAS